

8. El deseo fundamental

Podríamos resumir el camino recorrido hasta ahora, inspirándonos en las tres inscripciones de la iglesia de Chau Son Norte, diciendo que el deseo de estar con Dios, atraídos por el don de su presencia, cuando se encuentra con Cristo se convierte en una experiencia de plenitud, de paraíso, de vida eterna.

Para dar profundidad e ilustración artística a este proceso, que abarca toda nuestra vida y debería ser el alma viva y ardiente —es decir, radiante— de las comunidades monásticas, he pensado en meditar con vosotros sobre una obra musical que sin duda todos conocéis, pero que corremos el riesgo de escuchar sin detenernos a saborear su sentido profundo. Se trata del motete *Sicut cervus* del gran compositor del siglo XVI Giovanni Pierluigi da Palestrina.

El motete retoma el comienzo del salmo 41: “*Sicut cervus desiderat fontes aquarum: ita anima mea desiderat ad te, Deus*” —“Como el ciervo anhela las fuentes de agua, así te anhela mi alma, oh Dios”—.

Escuchemos: Palestrina - *Sicut cervus* - The Cambridge Singers

En el motete de Palestrina me llaman la atención, o más bien me cautivan y me involucran, al menos tres cosas.

La primera es cómo Palestrina hace cantar la palabra “*desiderat*”, que se repite muchas veces, multiplicada por las cuatro voces. Es como si cada vez la música descendiera a recoger la primera sílaba, “*de*”, en lo más profundo, en lo más bajo, para ascender con cada sílaba siguiente hacia lo alto. Quizá no de forma lineal: como la última vez que se canta “*desiderat*” —para mí, el momento más emotivo del motete—: ahí los bajos vuelven a bajar para retomar el “*de*” de la tercera sílaba. Pero prácticamente siempre la cuarta sílaba, “*rat*”, está en lo alto.

Quizá sea un análisis un poco ingenuo, propio de alguien que sabe poco de música, pero para mí esto expresa lo importante que es que nuestro deseo surja desde abajo, desde lo más profundo de nuestra humanidad. La música es como el Espíritu Santo que, lleno de compasión, tal y como escribe san Pablo a los Romanos, “viene en ayuda de nuestra debilidad; pues no sabemos cómo orar como conviene, pero el Espíritu mismo intercede con gemidos inexpressables” (Rom 8,26). Es decir, el Espíritu desciende para levantar nuestra condición humana, atrayéndola y elevándola hacia las estrellas.

De hecho, la etimología de “deseo” es la composición de la partícula “*de*”, prefijo que indica falta, privación, lejanía, y de “*sidus*”, es decir, estrella, símbolo del infinito que nos supera, que está en lo alto y que nos hace sentir la lejanía como una herida incurable. Pero he aquí que Palestrina desciende a la carencia, al “*de*”, y, nota a nota, expresa el elevarse del deseo. Y el Espíritu hace esto porque quiere llevar a lo alto al hombre, a nuestra humanidad, a nuestro corazón, en el que se concentra la conciencia de toda la realidad, sin dejar nada atrás.

De hecho, el salmo 41 dice en un momento dado:

“Una sima grita a otra sima
al estruendo de tus cascadas:
tus torrentes y tus olas
me han arrollado”. (Sal 41,8)

El profundo abismo del Misterio llama al abismo del corazón humano, que es como una profundidad especular frente a la profundidad infinita de Dios. Un abismo de miseria frente al abismo de la Misericordia, tal y como san Agustín describe el encuentro entre la mujer adúltera y Jesús cuando se quedan solos en medio de la plaza (cf. Jn 8,9-11). Pero el abismo del Misterio “llama” al abismo de nuestra humanidad perdida. La Biblia griega, seguida por la Vulgata, no dice: “al estruendo de tus cascadas”, sino “a la voz de tus cascadas —*voce cataractarum tuarum*—”. Desde el abismo del misterio de Dios desciende una voz, poderosa como el estruendo de una cascada, para llamar a una profundidad de nuestro ser más profunda que nosotros mismos. Y es una voz que nos invade, como si llenara el abismo vacío en el que nos hemos hundido. Pero no es agua, es una voz, es un sonido, un canto. Es como si Palestrina hubiera comprendido que en el “*desiderat*” debía poner el eco de esta voz, como si la llamada de Dios, descendida hasta el fondo, debiera rebotar en el “de” y remontar hacia el abismo superior del Misterio.

Me han dicho que quien nada en el Rin, en Basilea, puede encontrarse con remolinos que te arrastran bajo el agua. Entonces, lo mejor no es esforzarse por mantenerse a flote, lo que empeora la situación, sino dejarse llevar por el remolino hasta tocar el fondo del río y así recuperar el impulso hacia la superficie y seguir nadando, superando el peligro.

¡Eso es el deseo! El deseo es como el eco que la voz del abismo del Misterio bueno —que nos desea junto a sí, que desea levantarnos hacia sí— crea en el abismo de nuestra pobreza, de nuestra soledad, de nuestra carencia, lejanía y tristeza.

Es como cuando un padre levanta a su hijo y, para hacerle feliz, lo eleva por encima de su propia estatura, sin dejar de sujetarlo firmemente por debajo de los hombros. Porque al niño no le interesa la emoción de ser lanzado al aire, al vacío, sino poder experimentar la altura que el firme abrazo de su padre le permite alcanzar. Al niño le gusta experimentar el vuelo que puede realizar sin separarse de su padre. En otras palabras, al niño le interesa poder experimentar con total confianza la altura, la amplitud y la profundidad que el abrazo de su padre aporta a su vida.

El adolescente necesitará buscar altura, amplitud y profundidad fuera del abrazo de sus padres, fuera del control de la autoridad. Y está bien, es necesario. Pero tarde o temprano, hoy más tarde que temprano, la madurez de una persona se profundiza cuando, como dice Jesús, se convierte para llegar a ser como los niños, en la relación con Dios y con la comunidad: libremente consciente de que la altura, la amplitud y la profundidad de la vida se encuentran más en la pertenencia, en la fidelidad, que en la independencia como fin en sí misma.